



Introducción: Un misterio que interpela el corazón

Dos escenas evangélicas nos conmueven profundamente en el tiempo pascual: María Magdalena ante el sepulcro vacío, y Tomás el apóstol enfrentando la incredulidad. En ambas, Jesús resucitado aparece de forma inesperada, y en ambas surge un misterio: **a María, Jesús le dice “No me toques” (Jn 20,17), y a Tomás le dice “Trae tu mano y métela en mi costado” (Jn 20,27).**

¿Por qué esta aparente contradicción? ¿Por qué a una mujer llena de amor se le niega el contacto y a un incrédulo se le permite tocar lo sagrado? En estas dos escenas aparentemente opuestas se encierra un mensaje profundo y actual para cada uno de nosotros: **el modo en que Jesús resucitado se deja encontrar no es uniforme, sino personalizado, pedagógico y espiritual.** Hoy, en una sociedad fragmentada por dudas, heridas y búsquedas, estas palabras de Cristo siguen resonando con fuerza para ti y para mí.

Este artículo busca explorar este misterio con profundidad teológica y sencillez pastoral. Vamos a desentrañar su contexto, su significado y cómo puede transformar nuestra manera de vivir la fe, de acercarnos a Dios y de tocar —o dejarnos tocar— por el Resucitado.

I. El encuentro de María Magdalena: lágrimas, amor y un «No me toques»

El texto

“Jesús le dijo: No me toques, porque todavía no he subido al Padre. Pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.” (Juan 20,17)

María Magdalena, conocida como **la apóstol de los apóstoles**, fue la primera en ver al Resucitado. Ella que había amado tanto, llorado tanto, esperado tanto... ahora ve a Jesús y quiere abrazarlo, aferrarse a Él. Pero Jesús le dice: **“No me toques”** —en griego *mē mou haptou*, literalmente “deja de agarrarme”.



Este «no tocar» no es un rechazo ni una frialdad. Es una enseñanza.

El sentido teológico

Jesús está diciendo a María: *“Ya no puedes relacionarte conmigo como antes. He resucitado. La relación debe ser nueva: ya no física, sino espiritual, eucarística, eclesial.”*

En otras palabras, María no puede “retener” a Jesús como si pudiera poseerlo. Su amor necesita purificarse, madurar. Ya no basta con un Jesús “cercano” al estilo humano. Ahora es **el Cristo glorioso, presente de modo sacramental y universal.**

Este pasaje nos enseña que muchas veces **nos aferramos a imágenes de Dios que ya no nos sirven.** Queremos que Dios sea como antes, que actúe como lo hacía, que nos consuele como en otro tiempo. Pero **Dios nos invita a una fe más profunda, más libre, más confiada.**

II. El encuentro con Tomás: duda, heridas y un “Tócame”

El texto

“Luego dijo a Tomás: Acerca aquí tu dedo, mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente.”
(Juan 20,27)

Ocho días después, Jesús aparece de nuevo. Esta vez está Tomás, el apóstol que se había negado a creer sin pruebas. Jesús no lo reprende, sino que **se adapta a su fragilidad.** Le ofrece justamente lo que pedía: tocar, ver, comprobar.

El sentido teológico

En Tomás vemos representada **la fe moderna, racionalista, que busca pruebas, que se resiste a lo invisible.** Jesús no lo condena, pero le muestra que la verdadera bienaventuranza no está en tocar, sino en creer sin ver: *“Bienaventurados los que no han visto y han creído”* (Jn 20,29).



Jesús permite a Tomás tocarlo porque sabe que, para algunas almas heridas o escépticas, **el camino hacia la fe necesita un contacto más cercano, más sensible**. El Señor se hace vulnerable, mostrando sus llagas gloriosas, porque **quiere ser tocado en su humanidad herida, allí donde muchos hoy necesitan pruebas del amor**.

III. Dos pedagogías divinas, una sola intención: transformarnos

En estas dos escenas, Jesús actúa de modo opuesto, pero con una misma intención: **guiar el corazón humano a una fe madura**.

- A **María**, que ama, pero todavía con un amor demasiado humano, le enseña a elevarse.
- A **Tomás**, que duda, le enseña que su fe puede nacer desde la herida.

Esta es una gran lección para nosotros: **Dios no se revela a todos del mismo modo**. Algunos lo encuentran en la consolación; otros, en la ausencia. Algunos sienten su presencia; otros, lo buscan en el silencio. A veces Jesús nos dice “no me toques” —cuando quiere que caminemos por la fe y no por los sentimientos. Y otras veces nos dice “tócame” —cuando sabe que necesitamos consuelo, confirmación, cercanía.

IV. Aplicaciones prácticas: ¿Cómo vivir esto hoy?

1. Discierne tu momento espiritual

Pregúntate: ¿Estoy en un momento donde Jesús me dice “no me toques”, para que crezca en fe sin apoyos sensibles? ¿O me está diciendo “tócame”, invitándome a descubrirlo en su humanidad sufriente?

Ejercicio práctico: Haz un examen de conciencia espiritual. ¿Me aferro a un Dios que ya no se manifiesta así? ¿Estoy abierto a nuevas formas de encuentro: adoración, silencio, servicio, comunidad?



2. Busca a Cristo en sus nuevas formas de presencia

Jesús resucitado ya no está físicamente en Palestina. **Hoy se deja encontrar en la Eucaristía, en la Palabra, en el hermano que sufre.**

“Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40)

Guía práctica:

- **Eucaristía:** ¿Cómo participo? ¿Desde la fe o desde la costumbre?
 - **Lectura orante** de la Biblia (Lectio Divina): ¿Le permito hablarme en su Palabra?
 - **Servicio al prójimo:** ¿Reconozco sus llagas en los pobres, los enfermos, los tristes?
-

3. Acepta la pedagogía divina: fe en crecimiento

Como María y Tomás, debemos **aceptar que Dios nos educa en la fe**. A veces retira su presencia sensible para que crezcamos. Otras veces nos muestra sus llagas, para que sanemos.

“Porque caminamos por fe y no por vista” (2 Cor 5,7)

Consejo pastoral: No desesperes si no “sientes” a Dios. La fe no es un sentimiento, sino una decisión. Permanece fiel. El Resucitado se manifiesta cuando menos lo esperamos.

V. El camino espiritual entre María y Tomás



María: la fe que ama y necesita purificarse

Tomás: la duda que se transforma en fe madura

Ambos pasaron **de una relación física con Jesús a una relación espiritual y eclesial**. Ese es también nuestro camino. Hoy no podemos tocar a Jesús con nuestras manos, pero **podemos tocarlo con la fe, con el corazón, con la obediencia, con el amor**.

Conclusión: “Dichosos los que creen sin haber visto”

Las palabras de Jesús a María y a Tomás no se contradicen: **se complementan**. Él nos llama a una fe viva, profunda, personal. Una fe que no se aferra a lo viejo, ni se hunde en la duda, sino que **se deja transformar por la Pascua**.

Hoy, Cristo Resucitado te dice:

- “No me toques... aún tengo más que mostrarte.”
- “Tócame... porque en tus heridas estoy también yo.”

En esta Pascua y más allá, dejemos que el Señor nos guíe, como a María y a Tomás, **de la nostalgia a la adoración, de la duda a la entrega, de la búsqueda al encuentro**.

Oración final

*Señor Jesús resucitado,
enséñame a tocarte con la fe,
a no aferrarme a lo que ya fue,
y a reconocer tu presencia viva en mi historia.
Como María, que mi amor se purifique.
Como Tomás, que mi duda se transforme.*



No me toques... pero tócame: El misterio entre María Magdalena y Tomás, y la fe que nos transforma | 6

| *Amén.*